



Casi nadie se ha atrevido a dudar de la calidad teológica de Jon Sobrino, a pesar de que sus escritos no han surgido de preocupaciones académicas. Casi nadie se ha atrevido tampoco a negar la eficacia transformadora de su labor teológica, hecha de cara a los pobres y perseguidos y con la intención de que los desposeídos lleguen a tener vida y vida en abundancia. Pero sí ha habido quienes han puesto en duda su ortodoxia y también la ortopraxis desencadenada por su producción teológica.

Este nuevo libro de Jon Sobrino es hasta cierto punto una respuesta a estos últimos, pero sin que la respuesta pierda nada de autenticidad liberadora. Trata de esclarecer equívocos, pero intenta también obligar a sus críticos a que se abran a nuevas riquezas del saber cristológico, desconocidas u olvidadas por ellos. Dice de nuevo, aunque de forma más profunda y elaborada, que Jesús es Dios, pero añadiendo inmediatamente que el Dios verdadero es sólo el que se revela históricamente en Jesús y en los pobres que continúan la presencia de Jesús. Sólo quien mantiene tensa y unitariamente esas dos afirmaciones es ortodoxo y sólo quien historiza adecuadamente esa unidad, que va más allá de lo definido en Calcedonia, puede hacer vivo y eficaz entre los hombres de hoy al Jesús muerto por nuestros pecados y al Cristo resucitado para nuestra salvación.

Jon Sobrino ha podido hacer esto porque vive y hace lo que piensa y, a su vez, piensa lo que vive y lo que hace el ~~me~~ pueblo de Dios, que apenas tiene figura de hombre ni de pueblo, porque ha sido asaltado a la vuelta del camino por los poderosos de este mundo; lo ha podido hacer porque vive y piensa en ese lugar privilegiado de manifestación histórica del Dios de Jesús, que son las mayorías oprimidas del Tercer Mundo en marcha hacia la construcción del Reino de Dios.